PoliPublica

Revista Multidisciplinar Aplicada

Vol. 1 · 2026 · e006
ISSN 3119-7825 (En línea)

TIPO DE CONTRIBUCIÓN
Ensayo académico

AUTORA
Marilia Beatriz Talavera Salas
Universidad Nacional del Altiplano, Perú

FECHAS EDITORIALES
Recibido: 29/10/2025
Aceptado: 29/11/2025
Publicado: 03/01/2026

IDENTIFICADOR
DOI: https://doi.org/10.62785/polip.v1.i1.6

AUTORA DE CORRESPONDENCIA
marilia.talavera@gmail.com

La inteligencia emocional como eje de la formación integral en escolares

Marilia Beatriz Talavera Salas

RESUMEN

En la educación secundaria, los estudiantes afrontan exigencias académicas y sociales que demandan recursos para gestionar emociones, relaciones y decisiones. Este ensayo analiza la inteligencia emocional como componente de la formación integral y examina su relación con el aprendizaje, la convivencia y el bienestar. Se sostiene que habilidades como el autoconocimiento, la autorregulación, la empatía y la toma responsable de decisiones favorecen la atención, la perseverancia, el manejo de la frustración y la resolución de conflictos. La reflexión se organiza en torno a los pilares de la educación integral y a la evidencia sobre aprendizaje socioemocional, rendimiento académico y bienestar psicológico. Asimismo, se destaca el papel de la escuela en la incorporación de estas competencias mediante tutoría, evaluación formativa, prácticas restaurativas y acompañamiento docente. Se concluye que la inteligencia emocional constituye una capacidad transversal que fortalece la autonomía, el bienestar y la preparación del estudiante para afrontar las exigencias académicas, sociales y personales de la vida adulta.

Palabras clave: aprendizaje socioemocional; convivencia escolar; educación secundaria; formación integral; inteligencia emocional.

Cómo citar

Talavera Salas, M. B. (2026). La inteligencia emocional como eje de la formación integral en escolares. *PoliPublica – Revista Multidisciplinar Aplicada*, *1*, e006. https://doi.org/10.62785/polip.v1.i1.6

Acceso abierto · CC BY-NC-SA 4.0

Emotional Intelligence as a Core Element of Holistic Education in Schoolchildren

ABSTRACT

In secondary education, students face academic and social demands that require resources to manage emotions, relationships, and decisions. This essay analyzes emotional intelligence as a component of holistic education and examines its relationship with learning, school coexistence, and well-being. It argues that skills such as self-awareness, self-regulation, empathy, and responsible decision-making support attention, perseverance, frustration management, and conflict resolution. The discussion is organized around the pillars of holistic education and the available evidence on socioemotional learning, academic performance, and psychological well-being. It also highlights the role of schools in incorporating these competencies through tutoring, formative assessment, restorative practices, and teacher support. It concludes that emotional intelligence is a transversal capacity that strengthens autonomy, well-being, and students' preparation to face the academic, social, and personal demands of adult life.

Keywords: emotional intelligence; holistic education; school coexistence; secondary education; socioemotional learning.

INTRODUCCIÓN

La educación secundaria no se limita a preparar al estudiante para aprobar asignaturas; también constituye una etapa decisiva para la construcción de autonomía, identidad y formas de participación en la vida adulta. Durante estos años se consolidan hábitos de estudio, modos de convivencia, criterios para tomar decisiones y formas de relacionarse con los pares, la familia y la autoridad escolar (Flores Suárez & Herrera Beltrán, 2021). Al mismo tiempo, el adolescente enfrenta mayores exigencias académicas, presión social y exposición constante a entornos digitales, condiciones que ponen a prueba su capacidad para sostener la atención, tolerar la frustración, resolver conflictos y mantener metas personales. En este escenario, las habilidades socioemocionales adquieren relevancia porque contribuyen a responder de manera más reflexiva ante situaciones de tensión y a desarrollar recursos personales útiles para la vida académica y social (Ramírez Chávez & Manjarrez Fuentes, 2022).

Hablar de formación integral supone reconocer que la escuela no desarrolla únicamente conocimientos y competencias cognitivas. También participa en la formación ética, social y personal del estudiante, dimensiones que influyen en su proyecto de vida y en su manera de relacionarse con los demás. Delors (1996) planteó que la educación debe articular cuatro aprendizajes fundamentales: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser. Esta perspectiva continúa siendo pertinente para comprender la educación secundaria, pues el logro académico pierde parte de su sentido si no se acompaña del desarrollo de autonomía, responsabilidad, convivencia y capacidad para afrontar dificultades. García Retana (2011) señala, además, que una formación basada en competencias exige integrar saberes, habilidades y actitudes para responder de manera pertinente a situaciones de la vida cotidiana.

Dentro de esta perspectiva, la inteligencia emocional puede entenderse como una capacidad transversal que contribuye al desarrollo integral del escolar. No se trata únicamente de reconocer lo que se siente, sino de comprender las emociones, regular su intensidad y utilizar esa información para orientar la conducta. Estas habilidades intervienen en procesos directamente relacionados con la experiencia escolar, como el manejo del estrés, la motivación, la comunicación, el trabajo colaborativo y la resolución de conflictos (Arango Benítez et al., 2024; Jurado García & Plazas Paz, 2024). En adolescentes, la capacidad para identificar y regular estados emocionales resulta especialmente importante porque la vida escolar combina evaluación permanente, comparación social, relaciones entre pares y decisiones que pueden afectar el bienestar y la trayectoria educativa.

La evidencia disponible también permite vincular el desarrollo socioemocional con resultados educativos concretos. Andrade et al. (2016) encontraron relaciones entre inteligencia emocional y compromiso con las actividades educativas, mientras que Clemente Castillo (2020) identificó asociaciones entre inteligencia emocional, involucramiento académico y rendimiento escolar. Palma-Delgado y Barcia-Briones (2020) señalan que el estado emocional puede influir en el desempeño académico, especialmente cuando las dificultades emocionales afectan la concentración, la motivación y la continuidad del esfuerzo. Desde una perspectiva más amplia, Durlak et al. (2011),

CC BY-NC-SA 4.0

en un metaanálisis de programas escolares de aprendizaje socioemocional, encontraron mejoras en habilidades socioemocionales, conducta y rendimiento académico cuando las intervenciones fueron desarrolladas de manera sistemática. Estos antecedentes respaldan la necesidad de comprender la educación emocional como parte del proceso formativo y no como una actividad ocasional o complementaria.

La convivencia escolar constituye otra dimensión donde estas capacidades adquieren importancia. La empatía, el autocontrol y la comunicación asertiva favorecen relaciones más respetuosas y pueden reducir respuestas impulsivas frente a desacuerdos, burlas o situaciones de presión grupal. Flores Suárez y Herrera Beltrán (2021) destacan que la convivencia se construye a partir de relaciones, normas y prácticas institucionales que pueden favorecer o dificultar el desarrollo del estudiante. Por ello, trabajar la inteligencia emocional implica también generar condiciones para que el escolar aprenda a expresar desacuerdos, reconocer consecuencias, pedir ayuda y participar responsablemente en la vida colectiva. La escuela puede convertirse, así, en un espacio donde las emociones no se repriman ni se conviertan en motivo de sanción, sino que sean comprendidas y orientadas pedagógicamente.

A partir de estas consideraciones, este ensayo sostiene que la inteligencia emocional constituye un componente central de la formación integral del estudiante de secundaria porque fortalece el autoconocimiento, la autorregulación, la empatía y las habilidades sociales. Estas capacidades favorecen el aprendizaje al mejorar la atención, la perseverancia y la tolerancia a la frustración; contribuyen al bienestar al proporcionar recursos para afrontar el estrés y tomar decisiones; y fortalecen la convivencia mediante formas más responsables de comunicación y resolución de conflictos. Sobre esta base, se analizará el papel de la inteligencia emocional en el contexto escolar, su relación con los componentes de la formación integral, sus efectos sobre rendimiento, convivencia y bienestar, y las responsabilidades que corresponden a la escuela para incorporarla de manera progresiva y sostenida en la experiencia educativa.

1. LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN EL CONTEXTO ESCOLAR

La inteligencia emocional puede definirse, desde el enfoque de habilidades, como la capacidad para percibir las emociones con precisión, comprender su significado, regular su intensidad y utilizar la información emocional para orientar el pensamiento y la conducta. Salovey y Mayer (1990) plantearon que estas capacidades articulan la valoración y expresión de las emociones con procesos de motivación, adaptación y toma de decisiones, por lo que no deben entenderse únicamente como rasgos personales, sino como habilidades susceptibles de desarrollo. En el ámbito escolar, esta perspectiva desplaza la atención de “ser emocional” hacia aprender a reconocer y gestionar las propias emociones. La escuela puede, por ello, generar experiencias que ayuden al estudiante a nombrar lo que siente, interpretar sus reacciones y elegir respuestas más adecuadas ante situaciones académicas y sociales.

El modelo de habilidades fue desarrollado posteriormente por Mayer y Salovey (1997), quienes organizaron la inteligencia emocional en cuatro procesos relacionados: percibir emociones, utilizar las emociones para facilitar el pensamiento, comprender la información emocional y regular las emociones de manera reflexiva. En educación secundaria, este planteamiento implica superar los consejos generales sobre comportamiento y traducir el aprendizaje socioemocional en actividades concretas. Ampliar el vocabulario emocional, diferenciar entre emoción y conducta, reconocer situaciones desencadenantes y ensayar estrategias de regulación son aprendizajes que pueden incorporarse a la experiencia cotidiana del aula. La evaluación también puede centrarse en desempeños observables, como la forma en que el estudiante reconoce señales de estrés, afronta una frustración o participa en la reparación de un conflicto, evitando reducir la inteligencia emocional a una simple valoración de la “buena actitud” (Mayer, 2002).

Durante la educación secundaria, la experiencia emocional adquiere especial intensidad por la combinación de cambios personales, necesidad de pertenencia y mayores exigencias académicas. Las evaluaciones, exposiciones orales, relaciones entre pares y situaciones disciplinarias pueden provocar ansiedad, vergüenza, frustración o ira. Asimismo, las comparaciones sociales y las dinámicas de grupo influyen en la autoestima y en la percepción que el adolescente construye sobre sus propias capacidades (Usán Supervía & Salavera Bordás, 2018). Cuando existen pocos recursos de autorregulación, estas emociones pueden favorecer respuestas impulsivas, evitación de tareas, aislamiento o dificultades para cooperar. Por el contrario, contar con habilidades emocionales permite reconocer lo

CC BY-NC-SA 4.0

que ocurre, ajustar la respuesta, reorganizar el esfuerzo académico y solicitar apoyo cuando resulta necesario (Mayer, 2002).

La incorporación de la inteligencia emocional en la escuela también encuentra sustento en sus relaciones con el rendimiento académico. Los metaanálisis disponibles muestran asociaciones positivas entre inteligencia emocional y desempeño escolar, incluso cuando se consideran otras variables cognitivas y personales (MacCann et al., 2020; Puertas Molero et al., 2020). En estudiantes de secundaria, esta relación puede explicarse por mecanismos como el manejo de la ansiedad ante las evaluaciones, la perseverancia frente a tareas exigentes y la capacidad para mantener la atención pese a la frustración. La regulación emocional también puede disminuir respuestas de evitación y favorecer una organización más estable del estudio. En este sentido, aunque algunos estudios sobre procrastinación se han desarrollado en población universitaria, sus hallazgos muestran la relevancia de la regulación emocional para comprender conductas de postergación académica (Chavez-Fernandez et al., 2024).

Cuando estas capacidades se trabajan mediante programas de aprendizaje socioemocional, la escuela dispone de evidencia más consistente sobre su posibilidad de desarrollo. Durlak et al. (2011), en un metaanálisis de programas universales aplicados en contextos escolares, encontraron mejoras en habilidades socioemocionales, conducta y desempeño académico entre los estudiantes participantes. Para la educación secundaria, estos resultados respaldan la conveniencia de planificar experiencias progresivas que incluyan reconocimiento emocional, estrategias de regulación, trabajo cooperativo y toma responsable de decisiones. Sin embargo, los beneficios dependen de la calidad y continuidad de la implementación. Un taller aislado difícilmente modifica prácticas sostenidas; se requiere acompañamiento docente, coherencia con las normas de convivencia, espacios de tutoría y participación de las familias para que los aprendizajes puedan trasladarse a situaciones reales.

La inteligencia emocional adquiere mayor valor educativo cuando deja de tratarse como un contenido ocasional y se incorpora a la vida cotidiana de la institución. Esto implica docentes capaces de modelar autocontrol, establecer límites sin humillación y ofrecer oportunidades de reparación después de un conflicto. También supone tutorías que relacionen las emociones con metas académicas, decisiones personales y proyecto de vida. Pueden emplearse rutinas breves, como identificación del estado emocional, acuerdos de diálogo, pausas antes de una evaluación o criterios de colaboración en trabajos grupales. La educación socioemocional debe extenderse, además, a la vida digital, donde responder impulsivamente puede generar consecuencias difíciles de reparar. Taylor et al. (2017) encontraron que los efectos de las intervenciones socioemocionales escolares pueden mantenerse después de finalizados los programas, lo que refuerza la importancia de trabajar estas competencias con continuidad, seguimiento y coherencia institucional.

2. LA INTELIGENCIA EMOCIONAL COMO FUNDAMENTO DE LA FORMACIÓN INTEGRAL DEL ESCOLAR

La formación integral supone educar a la persona más allá de la adquisición de contenidos académicos. Implica articular conocimientos, capacidades para actuar, convivencia, autonomía, valores y construcción del proyecto de vida. Delors (1996) sintetizó esta perspectiva en cuatro aprendizajes fundamentales: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser. En secundaria, estos pilares adquieren especial relevancia porque el estudiante debe responder simultáneamente a exigencias académicas, sociales y personales. La educación emocional contribuye a esa formación porque desarrolla conciencia emocional, regulación, autogestión, habilidades interpersonales y recursos para el bienestar, competencias que Bisquerra Alzina (2003) considera necesarias para afrontar situaciones cotidianas y necesidades que no siempre son atendidas por las materias escolares tradicionales.

Aprender a conocer exige mantener la atención, comprender información, razonar y perseverar cuando una tarea resulta compleja. Estas funciones pueden verse afectadas por ansiedad, frustración, presión evaluativa o distracciones, por lo que la regulación emocional constituye un apoyo para el aprendizaje. Extremera Pacheco y Fernández-Berrocal (2004) señalan que la inteligencia emocional se relaciona con diferentes dimensiones del funcionamiento personal, social y escolar del alumnado, mientras que Puertas et al. (2020) encontraron, a partir de evidencia sintetizada, una relación positiva entre inteligencia emocional y variables educativas. En la práctica, reconocer señales de tensión, identificar lo que dificulta la concentración y elegir estrategias de regulación permite al estudiante reorganizar su esfuerzo, tolerar mejor el error y mantener la continuidad en el estudio. La emoción, por tanto, no se elimina del aprendizaje; se convierte en información que puede ser interpretada y regulada.

CC BY-NC-SA 4.0

Aprender a hacer implica trasladar lo aprendido a situaciones concretas: cumplir tareas, resolver problemas, trabajar con otros y sostener metas. En esta dimensión, la inteligencia emocional interviene en la capacidad para controlar respuestas impulsivas, aceptar retroalimentación y mantener la motivación cuando los resultados no son inmediatos. Bisquerra Alzina (2003) incluye la autogestión y las habilidades de vida entre las competencias propias de la educación emocional, precisamente porque permiten actuar con mayor autonomía ante situaciones complejas. Asimismo, Arango Benítez et al. (2024) destacan la importancia de las habilidades socioemocionales para responder a las exigencias educativas contemporáneas. En secundaria, estas capacidades se expresan cuando el estudiante solicita ayuda sin temor, negocia responsabilidades en un trabajo grupal, reorganiza una tarea después de un error o persevera frente a una dificultad sin abandonar inmediatamente el objetivo.

Aprender a vivir juntos requiere empatía, respeto, comunicación y capacidad para resolver desacuerdos sin recurrir a la agresión. Estas competencias son especialmente relevantes durante la adolescencia, etapa en la que el grupo de pares ejerce una fuerte influencia sobre la identidad, la autoestima y el sentido de pertenencia. Extremera Pacheco y Fernández-Berrocal (2004) destacan que la inteligencia emocional mantiene vínculos con el funcionamiento social y las relaciones interpersonales del alumnado. Flores Suárez y Herrera Beltrán (2021) también subrayan que la convivencia escolar se construye mediante interacciones, normas y prácticas institucionales que pueden favorecer relaciones respetuosas o generar conflictos persistentes. En este escenario, reconocer emociones propias y ajenas ayuda a interpretar mejor las situaciones, expresar desacuerdos con asertividad, reparar daños y considerar las consecuencias de las decisiones, también en los espacios digitales.

Aprender a ser remite a la construcción de identidad, autonomía, valores y sentido de vida. El autoconocimiento emocional permite al adolescente reconocer necesidades, límites, miedos y aspiraciones, mientras que la autorregulación facilita decisiones menos impulsivas ante la presión social. Vivas García (2003) vincula la educación emocional con el desarrollo personal, y Ruales Jurado et al. (2022) destacan el valor educativo de la autorregulación para responder de forma más consciente ante experiencias emocionalmente exigentes. Desde esta perspectiva, la inteligencia emocional no sustituye los aprendizajes académicos, sino que favorece las condiciones personales para sostenerlos. Un estudiante que comprende sus emociones, pide apoyo cuando lo necesita y aprende a afrontar la frustración dispone de mejores recursos para construir su proyecto de vida, mantener vínculos saludables y asumir responsabilidades en etapas posteriores de formación y participación ciudadana.

3. EFECTOS DE LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN EL RENDIMIENTO, LA CONVIVENCIA Y EL BIENESTAR A LARGO PLAZO

La importancia de la inteligencia emocional en la educación secundaria puede observarse en resultados que trascienden la percepción subjetiva del estudiante. Su influencia alcanza el rendimiento académico, la convivencia y el bienestar psicológico, tres dimensiones estrechamente relacionadas durante la adolescencia. Un estudiante que reconoce y regula sus emociones dispone de mejores recursos para afrontar evaluaciones, relacionarse con sus compañeros y responder ante situaciones de frustración. Araujo Muñoz et al. (2024), a partir de una revisión de investigaciones sobre adolescentes, señalan que la inteligencia emocional mantiene una relación favorable con el rendimiento académico y con habilidades necesarias para afrontar las exigencias escolares. Desde esta perspectiva, evaluar su aporte requiere considerar no solo las calificaciones, sino también la manera en que el estudiante persevera, resuelve conflictos y mantiene su equilibrio personal frente a las demandas de la vida escolar.

En el rendimiento académico, la inteligencia emocional interviene principalmente mediante procesos de autorregulación, motivación y manejo de la presión. Usán Supervía y Salavera Bordás (2018) encontraron relaciones entre motivación escolar, inteligencia emocional y rendimiento en estudiantes de educación secundaria, mientras que Rodriguez-Barboza (2024) destaca que la gestión emocional puede favorecer condiciones personales asociadas al desempeño académico. Chávez-Martínez y Salazar-Jiménez (2024) también identifican una relación predominantemente positiva entre inteligencia emocional y rendimiento en adolescentes, destacando su relevancia para la práctica educativa. El estudiante que reconoce la ansiedad ante una evaluación puede regularla antes de que interfiera con su desempeño; del mismo modo, quien tolera mejor la frustración tiene mayores posibilidades de mantener el esfuerzo cuando una tarea resulta compleja. La inteligencia emocional no sustituye las capacidades cognitivas, pero contribuye a crear condiciones para utilizarlas de manera más estable.

CC BY-NC-SA 4.0

Su influencia también se expresa en los hábitos que sostienen el aprendizaje cotidiano. La autoconciencia permite identificar cuándo el temor al error, la inseguridad o el cansancio están favoreciendo la postergación de una actividad, mientras que la regulación emocional ayuda a recuperar el control de la tarea. La tolerancia a la frustración facilita aceptar correcciones, repetir procedimientos y continuar trabajando después de un resultado desfavorable. Estas capacidades resultan relevantes porque el rendimiento no depende únicamente de lo que el estudiante sabe, sino también de su capacidad para organizarse, pedir ayuda y mantener el esfuerzo. Araujo Muñoz et al. (2024) destacan que la relación entre inteligencia emocional y desempeño escolar se explica, en parte, por recursos personales que permiten afrontar de mejor manera las demandas académicas. Con el tiempo, estos hábitos fortalecen la autonomía y preparan al adolescente para escenarios educativos cada vez más exigentes.

La convivencia escolar constituye otro ámbito donde la inteligencia emocional adquiere efectos visibles. Durante la adolescencia, las relaciones entre pares pueden generar pertenencia y apoyo, pero también conflictos, comparaciones, rechazo o presión grupal. La empatía, el autocontrol y la comunicación asertiva permiten expresar desacuerdos sin recurrir a respuestas agresivas y facilitan la reparación después de un conflicto. Chávez-Martínez y Salazar-Jiménez (2024) señalan que el desarrollo emocional mantiene vínculos con procesos de adaptación escolar que influyen en la experiencia educativa del adolescente. Cuando la escuela trabaja estas capacidades de forma sistemática, el estudiante aprende a considerar otras perspectivas, reconocer el efecto de sus palabras y regular respuestas impulsivas. De esta manera, la inteligencia emocional favorece un clima donde la cooperación, el respeto y la resolución dialogada de los problemas pueden convertirse en prácticas habituales.

El bienestar psicológico representa una tercera dimensión especialmente relevante. La secundaria coincide con una etapa caracterizada por cambios personales, presión académica, construcción de identidad y una creciente exposición a interacciones digitales. Cuando estas demandas superan los recursos disponibles, pueden aparecer estrés, ansiedad, agotamiento o desmotivación. La inteligencia emocional ofrece herramientas para reconocer señales de malestar, comprender su origen y buscar apoyo antes de que la dificultad se intensifique. Taylor et al. (2017) encontraron que los beneficios de las intervenciones socioemocionales escolares pueden mantenerse después de finalizada su aplicación, lo que muestra que estas competencias pueden generar efectos que trascienden el momento inmediato de enseñanza. En adolescentes, aprender a regular emociones favorece la autoestima, la resiliencia y la capacidad de afrontar cambios sin perder completamente el sentido de control sobre la propia experiencia.

El aporte de la inteligencia emocional al rendimiento, la convivencia y el bienestar depende, sin embargo, de las condiciones en que la escuela promueve su desarrollo. Una intervención ocasional difícilmente modifica hábitos consolidados si no existe continuidad, acompañamiento docente y coherencia entre el discurso institucional y las prácticas cotidianas. La educación emocional requiere incorporarse a la tutoría, al trabajo cooperativo, a la retroalimentación, a la resolución de conflictos y a la formación para la vida digital. También exige evaluar procesos, observar cambios y ajustar estrategias según las necesidades de los estudiantes. Bajo estas condiciones, la escuela puede fortalecer trayectorias educativas más estables y formar adolescentes capaces de afrontar dificultades, relacionarse responsablemente y tomar decisiones con mayor autonomía en escenarios académicos, personales y sociales.

4. EL ROL DE LA ESCUELA EN EL DESARROLLO INTEGRAL DE LA INTELIGENCIA EMOCIONAL DEL ESCOLAR

El desarrollo de la inteligencia emocional en la escuela no requiere incorporar una asignatura aislada, sino integrar las competencias socioemocionales en la cultura institucional, las relaciones cotidianas y las prácticas pedagógicas. El marco CASEL organiza el aprendizaje socioemocional en cinco competencias interrelacionadas: autoconciencia, autogestión, conciencia social, habilidades para relacionarse y toma responsable de decisiones. En secundaria, estas capacidades contribuyen a que el estudiante comprenda sus emociones, regule impulsos, establezca relaciones respetuosas y valore las consecuencias de sus decisiones. Belay y Dejene (2024) destacan la pertinencia del modelo CASEL para organizar el aprendizaje socioemocional en contextos escolares, mientras que Santiago-Flores et al. (2024), encontraron que una intervención sostenida de educación emocional produjo mejoras en autoconciencia, autocontrol, aprovechamiento emocional, empatía y habilidades sociales. Estos resultados

CC BY-NC-SA 4.0

muestran que la formación emocional adquiere mayor consistencia cuando forma parte de una estrategia institucional continua y no de actividades ocasionales.

El currículo y la tutoría constituyen espacios privilegiados para trasladar estas competencias a situaciones concretas. La escuela puede enseñar al estudiante a diferenciar emociones como enojo, frustración, vergüenza o ansiedad, identificar las circunstancias que las desencadenan y reconocer cómo influyen en su conducta. Pérez Ruiz et al. (2024) destacan el valor del acompañamiento tutorial como espacio de orientación y seguimiento del estudiante. En este proceso pueden utilizarse estrategias sencillas, como registros emocionales, identificación de situaciones problemáticas, pausas antes de responder y planificación de alternativas de actuación. Santiago-Flores, Solís-Peralta y Huerta-Patraca (2024), al trabajar la autogestión emocional con estudiantes de bachillerato, muestran que las estrategias pedagógicas que vinculan problemas reales con reflexión y toma de decisiones pueden generar condiciones favorables para desarrollar habilidades socioemocionales. La tutoría adquiere así una función formativa que conecta las emociones con decisiones académicas, convivencia y proyecto de vida.

La manera en que la escuela aborda el error también influye en la formación emocional. Una evaluación que identifica el error únicamente como fracaso puede generar vergüenza, evitación y temor a participar, mientras que una retroalimentación centrada en procesos permite interpretarlo como información para mejorar. El docente puede contribuir a este aprendizaje ofreciendo oportunidades de corrección, reconociendo avances y utilizando un lenguaje descriptivo en lugar de etiquetas personales. También educa emocionalmente mediante su propia conducta: la forma de responder ante una falta, controlar el enojo, establecer límites y corregir sin humillar constituye un modelo observable para el estudiante. En este sentido, los resultados obtenidos por Chávez Santos et al. (2024) respaldan la importancia de mantener intervenciones educativas durante períodos suficientes para producir cambios en diferentes dimensiones de la inteligencia emocional. Normalizar la dificultad y acompañar su superación favorece perseverancia, seguridad para participar y disposición para aprender.

La convivencia escolar es otro escenario donde las competencias emocionales se convierten en prácticas sociales. Flores Suárez y Herrera Beltrán (2021) señalan que la convivencia se configura mediante las relaciones, normas y formas de interacción que caracterizan la vida escolar. La mediación entre pares, los círculos de diálogo y los acuerdos restaurativos permiten trabajar escucha, empatía, asertividad, responsabilidad y reparación del daño. Estas capacidades resultan igualmente necesarias en los entornos digitales, donde una respuesta impulsiva puede ampliar rápidamente un conflicto. Enseñar a detenerse antes de publicar, valorar las consecuencias de un mensaje, reconocer perspectivas diferentes y verificar información constituye también educación emocional. La escuela no puede controlar todas las interacciones del adolescente, pero sí puede proporcionarle criterios para actuar con mayor responsabilidad dentro y fuera del aula.

La evaluación formativa permite observar el desarrollo socioemocional sin convertirlo en un mecanismo de sanción. Las rúbricas de trabajo colaborativo pueden incorporar indicadores de escucha, cumplimiento de responsabilidades, manejo de desacuerdos y disposición para cooperar. Las autoevaluaciones y bitácoras permiten que el estudiante identifique cambios en su forma de responder ante el estrés, organizar el tiempo o resolver conflictos. De manera complementaria, el docente y el tutor pueden establecer metas progresivas y revisar periódicamente los avances. Las experiencias analizadas por Santiago-Flores et al. (2024) evidencian que trabajar situaciones problemáticas desde una perspectiva socioemocional favorece procesos de reflexión y autogestión en estudiantes de bachillerato. Evaluar estas competencias significa, por tanto, acompañar su desarrollo y proporcionar información que permita al estudiante reconocer avances, dificultades y alternativas de mejora.

La efectividad de estas acciones depende finalmente de la coherencia institucional. Promover respeto, empatía o autorregulación pierde credibilidad cuando las relaciones escolares se caracterizan por humillación, arbitrariedad o respuestas punitivas desproporcionadas. Docentes, directivos y familias necesitan sostener criterios compatibles sobre convivencia, comunicación y resolución de problemas. La participación familiar puede reforzar hábitos de diálogo y autocuidado fuera del aula, mientras que el liderazgo pedagógico debe asegurar continuidad, capacitación y seguimiento de las acciones socioemocionales. Belay y Dejene (2024) señalan la importancia de contextualizar estas competencias dentro de la realidad escolar, y Chávez Santos et al. (2024) muestran que su fortalecimiento requiere intervenciones estructuradas y sostenidas. Bajo estas condiciones, la escuela puede convertir la inteligencia

CC BY-NC-SA 4.0

emocional en una capacidad útil para el aprendizaje presente y, al mismo tiempo, en un recurso para afrontar con autonomía, resiliencia y responsabilidad las exigencias de la vida adulta.

CONCLUSIONES

La inteligencia emocional ocupa un lugar relevante en la formación integral del estudiante de secundaria porque interviene en la manera en que aprende, se relaciona y enfrenta situaciones de presión. Reconocer y regular las propias emociones, comprender a los demás y actuar con mayor autocontrol favorece la atención, la perseverancia, la convivencia y la toma de decisiones. Estas capacidades no sustituyen los aprendizajes académicos, pero sí ayudan a sostenerlos, especialmente en una etapa en la que el estudiante debe responder a exigencias escolares, sociales y personales cada vez más complejas.

La escuela tiene un papel decisivo en este proceso cuando incorpora la educación emocional de forma continua en la tutoría, la convivencia, la evaluación y las prácticas cotidianas del aula. Más que actividades aisladas, se requieren docentes que modelen formas respetuosas de comunicación, oportunidades para aprender del error, estrategias de autorregulación y espacios donde el estudiante pueda reflexionar sobre sus decisiones y relaciones. De esta manera, la inteligencia emocional se convierte en una herramienta para fortalecer la autonomía, el bienestar y la responsabilidad, y prepara al escolar para afrontar con mayores recursos los desafíos de la educación superior, el trabajo y la vida en sociedad.

DECLARACIONES

Contribución de autoría CRediT. Talavera Salas, Marilia Beatriz: Conceptualización del ensayo, búsqueda y selección bibliográfica, elaboración de la argumentación, redacción del borrador, revisión crítica y aprobación de la versión final.

Financiamiento. El presente ensayo no recibió financiamiento externo.

Conflictos de interés. La autora declara no tener conflictos de interés.

REFERENCIAS

Andrade, C. A., Santos, N. N., & Franco, M. G. (2016). Inteligência emocional e engagement em professores do ensino básico e secundário da Ilha da Madeira. *Revista de Estudios e Investigación en Psicología y Educación, 3*(2), 121–130. https://doi.org/10.17979/reipe.2016.3.2.1810

Arango Benítez, P. A., Orjuela Roa, C. H., Buitrago Roa, A. F., & Lesmes Martínez, Ó. M. (2024). Importancia de las habilidades socioemocionales en la educación: Una revisión documental. *RHS-Revista Humanismo y Sociedad, 12*(2), e5/1–26. https://doi.org/10.22209/rhs.v12n2a05

Araujo Muñoz, J., Blanquicett, R., & Vidal González, M. (2024). Influencia de la inteligencia emocional en el rendimiento académico de los adolescentes: Una revisión sistemática de la literatura. *Saber Ser: Revista de Estudios Cualitativos en Educación, 1*(2), 36–55. https://doi.org/10.35997/saberser.v2i1.20

Belay, S., & Dejene, W. (2024). Testing and validating the Collaborative for Academic, Social, and Emotional Learning (CASEL) model in the context of Ethiopian secondary schools: Factorial analysis. *Social Sciences & Humanities Open, 10*, 101128. https://doi.org/10.1016/j.ssaho.2024.101128

Bisquerra Alzina, R. (2003). Educación emocional y competencias básicas para la vida. *Revista de Investigación Educativa, 21*(1), 7–43. https://revistas.um.es/rie/article/view/99071

Chavez-Fernandez, S., Haro-Rodriguez, Y. M., Machaca-Calcina, L. G., & Adriano-Rengifo, C. E. (2024). Inteligencia emocional y procrastinación académica en estudiantes universitarios en Perú. *Ciencias Psicológicas, 18*(1), e-3333. https://doi.org/10.22235/cp.v18i1.3333

Chávez-Martínez, A. L., & Salazar-Jiménez, J. G. (2024). Relación entre inteligencia emocional y rendimiento académico en adolescentes: Aportes para la práctica educativa. *RECIE. Revista Caribeña de Investigación Educativa, 8*(1), 145–165. https://doi.org/10.32541/recie.2024.v8i1.pp145-165

Chávez Santos, R., Arista Tejada, J. L., Carrasco Rituay, A. M., & Sancho Noriega, C. (2024). Programa “Escuelas Positivas”: Una nueva propuesta integral de educación emocional. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado, 27*(3), 85–103. https://doi.org/10.6018/reifop.614341

CC BY-NC-SA 4.0

Clemente Castillo, C. del P. (2020). *Engagement académico e inteligencia emocional en el rendimiento escolar en estudiantes del VII ciclo de secundaria en una institución educativa en Santa Anita, 2019* [Tesis doctoral, Universidad César Vallejo]. Repositorio Institucional de la Universidad César Vallejo. https://hdl.handle.net/20.500.12692/40530

Delors, J. (1996). *La educación encierra un tesoro: Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI*. UNESCO/Santillana. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000109590_spa

Durlak, J. A., Weissberg, R. P., Dymnicki, A. B., Taylor, R. D., & Schellinger, K. B. (2011). The impact of enhancing students' social and emotional learning: A meta-analysis of school-based universal interventions. *Child Development, 82*(1), 405–432. https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.2010.01564.x

Extremera Pacheco, N., & Fernández-Berrocal, P. (2004). El papel de la inteligencia emocional en el alumnado: Evidencias empíricas. *Revista Electrónica de Investigación Educativa, 6*(2), 1–17. https://redie.uabc.mx/redie/article/view/105

Flores Suárez, A., & Herrera Beltrán, I. (2021). Convivencia escolar. Dimensión y evolución. *Luciérnaga Comunicación, 13*(25), 70–86. https://doi.org/10.33571/revistaluciernaga.v13n25a5

García Retana, J. Á. (2011). Modelo educativo basado en competencias: Importancia y necesidad. *Actualidades Investigativas en Educación, 11*(3), 1–24. https://doi.org/10.15517/aie.v11i3.10225

Jurado García, E., & Plazas Paz, D. M. (2024). La inteligencia emocional en el desarrollo del aprendizaje cooperativo de niños de grado transición. *Fedumar Pedagogía y Educación, 11*(1), 24–50. https://doi.org/10.31948/fpe.v11i1.4284

MacCann, C., Jiang, Y., Brown, L. E. R., Double, K. S., Bucich, M., & Minbashian, A. (2020). Emotional intelligence predicts academic performance: A meta-analysis. *Psychological Bulletin, 146*(2), 150–186. https://doi.org/10.1037/bul0000219

Mayer, J. D. (2002). La inteligencia emocional: Una breve sinopsis. *Revista de Psicología y Educación, 1*(1), 35–46. https://www.revistadepsicologiayeducacion.es/pdf/4.pdf

Mayer, J. D., & Salovey, P. (1997). What is emotional intelligence? In P. Salovey & D. J. Sluyter (Eds.), *Emotional development and emotional intelligence: Educational implications* (pp. 3–31). Basic Books.

Palma-Delgado, G. M., & Barcia-Briones, M. F. (2020). El estado emocional en el rendimiento académico de los estudiantes en Portoviejo, Ecuador. *Dominio de las Ciencias, 6*(3), 72–100. https://doi.org/10.23857/dc.v6i3.1207

Pérez Ruiz, A., Cárdenas Anzaldo, P. O., & Ramírez Martínez, A. (2024). La tutoría como experiencia de acompañamiento en el marco de la Nueva Escuela Mexicana. *CPU-e, Revista de Investigación Educativa, 38*, 173–192. https://doi.org/10.25009/cpue.v0i38.2868

Puertas Molero, P., Zurita-Ortega, F., Chacón-Cuberos, R., Castro-Sánchez, M., Ramírez-Granizo, I., & González Valero, G. (2020). La inteligencia emocional en el ámbito educativo: Un meta-análisis. *Anales de Psicología, 36*(1), 84–91. https://doi.org/10.6018/analesps.345901

Ramírez Chávez, M. A., & Manjarrez Fuentes, N. N. (2022). Habilidades blandas y habilidades duras, clave para la formación profesional integral. *Revista de Ciencias Sociales y Económicas, 6*(2), 27–37. https://doi.org/10.18779/csye.v6i2.590

Rodriguez-Barboza, J. R. (2024). Inteligencia emocional como factor determinante en el rendimiento académico en estudiantes. *Revista Docentes 2.0, 17*(1), 400–411. https://doi.org/10.37843/rted.v17i1.496

Ruales Jurado, R. E., Lucero Revelo, S. E., & Gómez Rosero, Á. H. (2022). La autorregulación emocional desde una perspectiva educativa. *Fedumar Pedagogía y Educación, 9*(1), 64–73. https://doi.org/10.31948/rev.fedumar9-1.art-4

Salovey, P., & Mayer, J. D. (1990). Emotional intelligence. *Imagination, Cognition and Personality, 9*(3), 185–211. https://doi.org/10.2190/DUGG-P24E-52WK-6CDG

Santiago-Flores, C. A., Solís-Peralta, F. M., & Huerta-Patraca, G. A. (2024). Aprendizaje basado en problemas (ABP) como estrategia socioemocional: Un enfoque para la autogestión de emociones en bachillerato. *Revista Espacios, 45*(4), 164–178. https://doi.org/10.48082/espacios-a24v45n04p13

 CC BY-NC-SA 4.0

Taylor, R. D., Oberle, E., Durlak, J. A., & Weissberg, R. P. (2017). Promoting positive youth development through school-based social and emotional learning interventions: A meta-analysis of follow-up effects. *Child Development, 88*(4), 1156–1171. https://doi.org/10.1111/cdev.12864

Usán Supervía, P., & Salavera Bordás, C. (2018). Motivación escolar, inteligencia emocional y rendimiento académico en estudiantes de educación secundaria obligatoria. *Actualidades en Psicología, 32*(125), 95–112. https://doi.org/10.15517/ap.v32i125.32123

Vivas García, M. (2003). La educación emocional: Conceptos fundamentales. *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación, 4*(2), 1–22. https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41040202

Copyright: © 2026 Marilia Beatriz Talavera Salas. La autora conserva los derechos de autor sobre la obra y otorga a PoliPublica – Revista Multidisciplinar Aplicada, editada por el Instituto Latinoamericano de Investigación y Desarrollo Social – ILADESA, el derecho de primera publicación. El artículo se distribuye bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).